

Cuerpo, sexualidad y género

Interfases



LETICIA GLOECER FIORINI¹

La relación entre cuerpo, sexualidad y género es compleja, con muchas aristas a revisar. Cada una de estas categorías remite a variadas problemáticas que se van ramificando, por lo que enfocaremos la cuestión desde el punto de vista de los procesos de subjetivación sexual.

Esta propuesta será encarada desde una perspectiva de interfase. Esto significa tomar cada una de las variables «en relación» con las otras y analizar sus concordancias y discordancias en los procesos de subjetivación sexual. Además, esto implica que ninguna de estas variables puede analizarse independientemente de las otras. Supone también que no hay una preeminencia «esencial» de una sobre las otras, sino que actúan recursivamente entre sí.

La línea de trabajo que guía este texto está basada en:

- Lógicas y formas de pensamiento que hemos trabajado en otras publicaciones; primero, en relación con lo femenino, y luego, con la problemática de la diferencia sexual (Glocer Fiorini, 1994, 2001, 2015).
- Estas ideas tienen sus raíces en la práctica clínica, específicamente, en los *impasses* que surgen de pensar en términos de polaridades excluyentes, de dicotomías binarias, insuficientes para abarcar los procesos de subjetivación sexual y sus presentaciones en la clínica.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. lglocer@intramed.net.ar

- Esto nos condujo al encuentro de otras formas de pensamiento: en interfase, en las intersecciones. Se trata de un modelo de pensamiento que acepta lo heterogéneo, que puede trabajar con la coexistencia de heterogeneidades que no se resuelven armónicamente, es decir, de una cohabitación en tensión. Y esta es una forma de pensar la producción de subjetividad.
- Son expresiones de esta forma de pensamiento: el paradigma de la complejidad de Morin (1990/1995), el pensamiento en intersecciones de Deleuze y Guattari (1980/1994), la lógica del límite de Trías (1991). Enfatizamos especialmente la propuesta de Trías de que el ser se constituye en el *limes* («límite»), en las fronteras, propuesta muy sugerente para el campo psicoanalítico.
- Una de las tantas preguntas que surgen y que demandan una respuesta no esquemática es cómo pensar las funciones que habitualmente, y en forma normativa, cumple la familia nuclear (interpretadas psicoanalíticamente en términos de atravesamiento del complejo de Edipo-castración), en especial cuando la familia nuclear ya no es la misma, a la vez que las sexualidades y los géneros adoptan, cada vez más, características migrantes.
- En este contexto, es necesario pensar qué relaciones hay entre cuerpo, sexualidad y género, y cómo esto impacta en las funciones necesarias para la construcción de subjetividad. ¿Se necesita un determinado cuerpo (femenino), un género femenino y una determinada elección de objeto para ejercer la función «materna» de cuidados? O bien, ¿un cuerpo masculino, un género masculino y una elección de objeto heterosexual para ejercer una función simbólica, «paterna»?
- Nuestra posición es que estas relaciones deberían sostenerse en un pensamiento recursivo, alejado de las causalidades directas, de una causa final, «esencial», más importante que el resto de las variables en juego. Esto se asienta en la idea de que la causa es efecto, y el efecto, causa (Morin, 1990/1995).
- Estas ideas, que son la base de nuestro pensamiento sobre estos temas, se alejan de las abstracciones y, en cambio, nos ofrecen una base epistemológica para encarar las problemáticas mencionadas. No se trata de eliminar los binarismos, ya inscriptos en el pensamiento y en

el lenguaje, sino de incluirlos en complejidades mayores. No significa desconocer causalidades, sino pensarlas en forma recursiva.

Esta línea de pensamiento guía nuestra clínica frente a los desafíos que nos presenta el mundo contemporáneo, en el que constatamos que se difumina la idea de diferencia sexual a la vez que adquieren mayor visibilidad las sexualidades «nómades» y transgéneros, al mismo tiempo que aumentan las consultas por parejas homosexuales que desean o ya tienen hijos.

Se plantean dos caminos para el psicoanálisis: pensar que nuestras propuestas teórico-clínicas son suficientes, o bien, tomar estas cuestiones como un desafío para repensar algunas de esas categorías.

BORDES Y FRONTERAS

Abordamos esta temática con una serie de preguntas que marcan el eje de este trabajo:

1. ¿Qué significa hablar de *cuerpos* masculinos, femeninos o mixtos?
2. ¿Cuáles son las consecuencias de considerar los *géneros* masculino y femenino, pero también la propuesta de que habría un género neutro, transgéneros o géneros migrantes?
3. ¿Qué implicancias tiene pensar que la sexualidad siempre actúa en exceso sobre las categorías ya mencionadas? ¿Cómo pensar la sexualidad infantil perverso-polimorfa y su «ordenamiento» bajo la égida del complejo de Edipo-castración?

I. Solo con fines expositivos, comenzaremos con la categoría *cuerpo*, con sus distintos niveles de aproximación y significaciones.

Hay que tener en cuenta que cada cultura tiene una perspectiva distinta sobre los cuerpos en general, y sobre los cuerpos sexuados en particular. Recordemos que para Platón (trad. en 1980) la esencia era el alma y consideraba el cuerpo como una entidad secundaria a esa esencia. Sin embargo, también es verdad que las esculturas griegas nos muestran una mirada profunda y detenida sobre los cuerpos. Para Descartes (Belaval,

1992), el «pienso, luego existo» es una afirmación del valor trascendental del pensamiento sobre el cuerpo. Por otro lado, constatamos que, en la filosofía francesa contemporánea, los cuerpos pasan a tener un valor preponderante, especialmente en la obra de Foucault (1984/1995), con sus raíces en Nietzsche, entre otros.

En las sociedades contemporáneas, señala Le Breton (2011), los cuerpos —especialmente en la adolescencia— se ponen en juego a través de conductas de riesgo, en parte como búsqueda de identidad (desde cortes en el cuerpo hasta conductas con riesgo de muerte), y agrega otra faceta: en parte, también como resistencia. Este último aspecto merece destacarse.

Si ampliamos más el panorama, destaquemos que una cuestión es hablar de los cuerpos en general, de su lugar en las concepciones sobre el sujeto, y otra, más específica, es hablar de los cuerpos de la diferencia sexual. Freud (1925/1979) sostuvo que «la anatomía es el destino». Esta afirmación puede ser interpretada desde distintas perspectivas. ¿Es que todo se define en el ámbito de la anatomía: «tiene o no tiene»? ¿Cómo se compatibiliza esto con otra propuesta freudiana de enorme peso en la teoría y en la práctica clínica: que el complejo de Edipo-castración y su resolución definen el «destino» sexuado de cada sujeto? Son dos líneas de pensamiento en la obra de Freud que solo se podrán abordar estableciendo un meta punto de vista sobre ambas.

En esta línea, recordemos a Foucault (1984/1995). Este autor nos habla de cuerpos dóciles y disciplinados desde la cultura; esta propuesta fue tomada también por Bourdieu (1998/1999) en sus estudios etnográficos, quien nos recuerda que los esquemas de percepción y conocimiento dominantes marcan las significaciones dadas al cuerpo y, aún más, marcan los cuerpos. Describe así las posturas corporales que evidencian sumisión en las mujeres de las tribus de Cabilia. La dominación se inscribe en los cuerpos, como señala este autor. Esto apunta a enfatizar los fenómenos de dominación y violencia entre los sexos, como la violencia de género. Señala que estos «hechos» son sometidos a un proceso de deshistorización que naturaliza lo que no es natural.

Cuando Foucault (1984/1995) nos describe cómo de un modelo de encierro en el siglo XIX se pasa a un modelo de control en el siglo XX, entendemos que aquí está incluido el control sobre los cuerpos. Indudablemente,

estas propuestas suponen pensar en relaciones de poder que actúan sobre las subjetividades y los cuerpos. Más aún, tienen poderosos efectos en las concepciones que se manejan sobre la diferencia, a la vez que responden a esas concepciones.

En este marco, es necesario agregar que hay, indudablemente, aspectos no simbolizables en los cuerpos, aunque considerando que los límites entre lo simbolizable y lo no simbolizable son «porosos», y que, incluso, se van desplazando siempre.

Pero ¿qué sucede cuando los cuerpos ya no son los mismos que hemos inscripto en nuestros ideales? Si damos un paso más, en la actualidad nos encontramos con los cuerpos virtuales que hacen del encuentro sexual un encuentro aparentemente sin cuerpos, aunque en realidad participan de otra manera: a veces, hiperidealizados: a veces, degradados o fragmentados; muchas veces, engañosos.

El auge en progresión geométrica de la cibercultura nos conduce a enfocar problemáticas específicas. ¿Qué papel juegan los cuerpos de la «realidad» en el encuentro sexual virtual? ¿Cómo se juega la diferencia sexual y de géneros en los juegos de espejismos, identidades cambiantes y cuerpos imaginarios?

Nos encontramos también con los cuerpos «construidos» de las cirugías estéticas, de los trasplantes; con los cuerpos, también «construidos», de las maternidades actuales (donación de gametas, úteros subrogados).

Y hay aquí un punto de mayor importancia: la forma en la que se construyen cuerpos ficcionales, unificados. Nasio (1977/1996) señalaba que la totalidad es una ficción que es necesario atravesar para la constitución de lo imaginario y para la eficacia de lo simbólico. Lacan (1937/1971) lo había descrito a partir del estadio del espejo. Podríamos pensarlo en un sentido más amplio: frente a los cuerpos, muchas veces «fragmentados», de la biotecnología y de la cibercultura, podemos interrogarnos sobre cómo se construye una unidad ficcional, necesaria para la subjetivación y «la vida en común», unidad ficcional que, en su complejidad, permitiría pensar en un anclaje «identitario» necesario, pero también en una subjetividad en movimiento, en devenir.

En esta línea, podemos considerar que la anatomía es siempre significada: por la cultura y los discursos vigentes sobre los cuerpos, el género,

la sexualidad. Nunca es anatomía pura. En el humano, la naturaleza ya no es más natural.

Y aquí incluyo el concepto de performatividad, acuñado por Austin (Loxley, 2007) y luego desarrollado por Derrida (1987/1989) y Butler (1990), concepto que alude a que los discursos son acciones en sí; no se trata de que los discursos produzcan acciones, sino que lo son cuando actúan en forma iterativa. En este sentido, los discursos marcarían los cuerpos y el género de cada persona. Esto alude también a un concepto desarrollado por Butler, quien sostiene que el género es una construcción paródica, una «performance», con lo cual ya no tendría una relación directa con la anatomía sexuada. Hay otra afirmación de la misma autora y de Laqueur (1990/1994): ¿Es el cuerpo una entidad presubjetiva, luego marcada por los discursos vigentes o, por el contrario, ya el cuerpo en sí es discurso?

Quedaría por evaluar cuáles son los alcances y los límites de la performatividad. Nuestro abordaje se basa en pensar cada categoría *en relación* con otras. De esta manera, le adjudicamos un valor al *poder performativo de los discursos*, pero lo abordamos en las fronteras, en los cruces con el *poder de los cuerpos* y con *la capacidad de desborde de la sexualidad*. Es en este sentido que cada una de estas categorías encuentra sus límites en las otras.

II. Desde otra perspectiva, abordamos el concepto de *género*, a pesar de que, como ya señalamos, se trata de divisorias totalmente convencionales.

Recordemos que el concepto de género aparece luego del auge del feminismo «igualitario» y del feminismo de la diferencia, cuando surge la postura de que las problemáticas en juego aluden a ambos sexos, aunque, agregamos, de muy diferente manera.

El concepto de género fue utilizado en la medicina cuando se encaró a mediados del siglo pasado la problemática de los géneros indefinidos en algunos casos de recién nacidos, hermafroditas y pseudohermafroditas, y se planteó —tema controvertido— la posibilidad de adaptar el cuerpo al género que se decide asignar. Esta propuesta se efectivizó, y sus resultados fueron cuestionados años después cuando algunos de esos jóvenes llegaron a la adolescencia.

Gayle Rubin (1975) propuso también sostener la división sexo-género desde la antropología: sexo anatómico-género cultural. Ciertamente, en esta división queda desdibujado el papel de la psicosexualidad.

Destaquemos que el concepto de género no es aceptado entre muchos psicoanalistas de lengua francesa, con algunas excepciones, ni en otras regiones ligadas teóricamente a sus teorías. En el mundo anglosajón, en cambio, fue incluido más ampliamente, comenzando por Stoller (1968/1984).

Sin embargo, en la actualidad nos encontramos con otras problemáticas: los transgéneros, que no aceptan incluirse en ninguno de los dos géneros conocidos y aceptados. Se podrá decir que es parte de una patología, lo mismo que las denominadas sexualidades migrantes. A pesar de ello, consideramos más interesante tomarlas como punto de partida para repensar la categoría «diferencia sexual» (Glocher Fiorini, 2015).

Es un punto de la mayor importancia porque cada vez se producen más consultas de adolescentes con dudas sobre su identidad sexual, de otros que dicen asumir identidades migrantes, de parejas y familias homoparentales, y un tema de interés especial, que alude a cómo piensa cada psicoanalista el hecho de si los hijos de parejas homosexuales pueden asumir o no la diferencia. Esto hace a que el análisis pueda seguir caminos diferentes, hasta opuestos, con consecuencias en la vida y la experiencia de cada paciente.

III. ¿Y la sexualidad? En la polaridad sexo anatómico/género cultural no está explícitamente incluida la sexualidad. Sin embargo, la sexualidad es el eje del *corpus* psicoanalítico. Si pensamos que el cuerpo es fundamentalmente cuerpo erógeno, que el género de una persona no es independiente de su sexualidad, que su sexualidad desborda las categorías de género —así como el género (masculino o femenino) delimita caminos para la sexualidad, caminos que no siempre son acatados—, podremos, entonces, empezar a pensar en relaciones en complejidad.

Freud (1905/1978) reveló la sexualidad infantil, denominada perverso-polimorfa, de los niños. Esto implicó reconocer un factor ausente hasta aquel momento. Planteó también un modelo «organizativo» de esa sexualidad anárquica, pulsional, parcial. Las teorías sexuales infantiles descritas por Freud (1908/1979) expresaron esa perspectiva. Ese modelo fue necesario en la propuesta freudiana: el complejo de Edipo-castración proporcionó una explicación y un camino para la organización de la subjetividad sexuada y de las posiciones masculina y femenina.

Sin embargo, sabemos que la pulsión y la sexualidad en general nunca se dejan cercar totalmente. Esto se comprueba en los sueños, en las fantasmáticas bisexuales, en las identificaciones siempre plurales y, actualmente, a través de las cada vez más visibles migraciones sexuales y de género. Sabemos también acerca de cambios significativos con respecto al lugar de las mujeres en muchas culturas contemporáneas, que implican abordar interrogantes de peso desde el punto de vista teórico.

Señalaba Faure-Oppenheimer (1980/1986) que así como la pulsión inviste al género, el género crea condiciones para el recorrido de la pulsión. Podríamos agregar que esta recursividad se da entre sexualidad, cuerpo y género, en una relación en movimiento.

Laplanche (1980/1988), por su parte, había planteado la necesidad de distinguir entre la diferencia de géneros y la diferencia sexual. La primera es anterior a la segunda, es decir que se puede acceder a la diferencia de géneros sin acceder a la diferencia sexual.

Indudablemente, esto conduce a otra problemática: ¿A qué se denomina diferencia sexual? ¿Es la diferencia fálico-castrado, que Freud adjudica a Juanito? (Freud, 1909/1980) ¿Es la diferencia genital? ¿Es la elección de objeto heterosexual? ¿Qué sucede con las teorías sexuales adultas?, pregunta Laplanche (1980/1988).

En otra publicación (Glocer Fiorini, 2015), hemos planteado que el concepto de diferencia es polisémico y que la diferencia sexual (con sus ambigüedades) es una parte del gran campo de las diferencias, tanto consideradas en un sentido simbólico o imaginario como reconociendo sus aspectos enigmáticos, no simbolizables.

En estas constelaciones, está incluido el deseo de los padres con respecto al género del hijo o la hija y a la delineación de su sexualidad, así como están en juego sus propias inscripciones psíquicas sobre la diferencia, incluida la diferencia sexual, en un interjuego con sus tendencias narcisistas si no alcanzan una resolución adecuada.

Se trata de descentrar apresurados cercamientos teóricos y repensar los caminos de la subjetivación sexuada en un sentido simbólico. Así, se nos presenta la oportunidad tanto de ir más allá de moralismos maniqueos como de instalarnos en posiciones acrílicas con respecto a estos temas, que tienen fuerte repercusión en la clínica.

INTERFASES

Frente a estas problemáticas (Glocer Fiorini, 2001), habíamos planteado la necesidad de pensar la construcción de subjetividad sexuada a partir de un modelo, por lo menos, triádico, para no recalar en esencialismos propios del pensamiento binario.

Tomamos como punto de partida de esta propuesta algunas líneas divergentes en la obra freudiana.

- a) Freud (1932-1933/1979) insistió a lo largo de su obra en que masculino y femenino eran categorías de contenido incierto. Sin embargo, también propuso una salida ideal, normativa, del complejo de Edipo-castración, cuya resolución simbólica llevaría a asumir una posición masculina o femenina.
- b) Por otro lado, en los textos freudianos aparecen propuestas triádicas para entender la construcción de subjetividad. Una es la de las series complementarias: lo constitucional, la historia infantil y lo accidental (Freud, 1916-1917/1976); otra es la que propone en un caso de homosexualidad femenina (Freud, 1920/1979). Esta es la línea a la que adscribimos.
- c) En ese artículo, aborda la construcción de subjetividad sexuada considerando tres variables: los caracteres sexuales anatómicos, los caracteres sexuales psíquicos y la elección de objeto, homosexual o heterosexual, y señala la multiplicidad de combinatorias posibles entre ellas. Esta conceptualización es mucho más compleja que la de acceder normativamente a una posición masculina o femenina y se acerca más a las heterogeneidades de los procesos de subjetivación y sexuación.

Indudablemente, hay que entender estas variables en un marco en el que se relacionan en tensión. Se trata de variables heterogéneas que no responden a una sumatoria ni tampoco alcanzan una síntesis dialéctica, sino que su misma heterogeneidad hace que sus relaciones, sus concordancias y discordancias, actúen más allá de cualquier resolución simplista, armónica, monocausal. Esto implica alejarse de las centralidades excluyentes.

Mi propuesta es pensar estas categorías a partir de las relaciones entre cuerpo, identificaciones y campo deseante. En este abordaje, el cuerpo es siempre un cuerpo significado, el campo identificatorio incluye la identidad de género con sus variantes y contradicciones, y el campo del deseo marca la elección de objeto sexual y amoroso, concordante o no con los dos anteriores.

La forma en la que se relacionen estas variables y cómo estén atravesadas por efectos simbólicos producirá distintos modos de subjetivación sexual. Por eso, sería inconducente pensar el cuerpo, o las identificaciones o el deseo en forma separada.

Por eso, también planteamos un pensamiento en interfase. En otras palabras, nuestra perspectiva apunta a lo que se produce en los límites, en las fronteras entre estas variables. Cuando las variables se acercan y entran en contacto, allí se produce el impacto, más o menos conflictivo, en la construcción de subjetividad. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Belaval, Y. (1992). Racionalismo, empirismo, ilustración. En Y. Belaval (ed.), *Historia de la Filosofía* (vol. 6). México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1998).
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble*. Nueva York: Routledge.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil Mesetas*. Valencia: Pre-Textos. (Trabajo original publicado en 1980).
- Derrida, J. (1989). *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1987).
- Faure-Opppenheimer, A. (1986). *La elección de sexo*. Madrid: Akal. (Trabajo original publicado en 1980).
- Foucault, M. (1995). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1984).
- Freud, S. (1976). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917).
- (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 7, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- (1979). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- (1979). *El yo y el ello*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 19, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

- (1979). 33ª. conferencia. La feminidad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932-1933).
- (1979). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 18, pp. 137-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- (1979). Sobre las teorías sexuales infantiles. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 9, pp. 183-202). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- (1980). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 10, pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Glocer Fiorini, L. (1994). La posición femenina: una construcción heterogénea. *Revista de Psicoanálisis*, 51(3), 587-603.
- (2001). *Lo femenino y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- (2015). *La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Lacan, J. (1971). El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan (ed.), *Lectura estructuralista de Freud*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1937).
- Laplanche J. (1988). *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1980).
- Laqueur, Th. (1994). *La construcción del sexo*. Madrid: Cátedra. (Trabajo original publicado en 1990).
- Le Breton, D. (2011). *Conductas de riesgo. De los juegos de la muerte a los riesgos de vivir*. Buenos Aires: Topía.
- Loxley, J. (2007). *Performativity*. Nueva York: Routledge.
- Morin, E. (1995). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1990).
- Nasio, J. D. (1996). *Los gritos del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1977).
- Platón. (1980). *El banquete*. Buenos Aires: Aguilar.
- Rubin, G. (1975). The traffic in women: notes on the «political economy» of sex. In R. R. Reiter (comp.), *Toward an Anthropology of Women* (pp. 157-210). Nueva York: Monthly Review Press.
- Stoller, R. (1984). *Sex and Gender*. Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 1968).
- Trías, E. (1991). *Lógica del límite*. Barcelona: Destino.